

Para que no se lo trague el olvido

De río en río. Vistazo a los territorios negros

ALFREDO MOLANO BRAVO

Aguilar, Bogotá, 2017, 281 pp., il.

ES PROBABLE que al concluir la lectura de este libro, el lector vuelva los ojos al subtítulo y piense que, detrás de esos vocablos, el autor le ha propuesto un juego de palabras. Por un lado, Alfredo Molano se refiere a la cuenca del Pacífico y a las comunidades que la habitan desde el Alto de Letras hasta Cabo Manglares. Pero, por otro, el lector sabe (o acaba de aprender) que en sí mismos esos territorios no son negros, como tampoco son exclusivamente negros los colombianos que los integran; también viven ahí indígenas y colonos mestizos. ¿Qué deducir entonces? La imagen resulta evidente: negro es la tonalidad de una metáfora que denota el determinismo de la brutalidad, la injusticia, el atraso y el hervidero social, ahí donde por décadas la riqueza natural ha incitado al despojo de tierras y al desplazamiento forzado. Si tal es el doble sentido propuesto por el autor, sobrados motivos sustentan el aparente pesimismo que se esconde detrás de dicha figura. (Véase en la última página “Palabras finales”, una suerte de epílogo redactado en enero de 2017, momento en el que Donald Trump se instalaba en la Casa Blanca. Allí es latente la incertidumbre respecto al quiebre de tiempos políticos que, según manifiesta el autor, en nada convalida a los territorios negros.)

Sin embargo, no se debe ceder tan prematuramente a la tentación del apocalipsis: esta no es la única manera de leer *De río en río*; en todo caso, no es así como este texto invita a su propia lectura. Esta no es una obra desesperanzadora, no promueve la mortificación a la que en ocasiones se presta la confrontación con nuestra historia, ni llama a una exaltación del horror aludiendo a lugares comunes o empleando solapadamente palabras tan connotadas como “coca”, “paramilitares”, “guerrilla”. A pesar de ser portadora de noticias escalofrantes y de bosquejar un porvenir complejo para el Pacífico (¡la deforestación en

la serranía del Baudó lleva decenios ocurriendo!), su lectura consigue disfrutarse, por una parte, gracias al lúcido elogio que se hace de la naturaleza (véase “Travesía del Darién”, p. 183) y, por otra, en razón del justo homenaje que rinde a la idiosincrasia de los pueblos afrodescendientes, a sus luchas, sus héroes (que ignoramos), su fuerza vital y su vivir armonioso con la selva. Lo anterior, junto al trabajo realizado in situ por líderes comunitarios y entidades como la Coordinación Regional del Pacífico, ciertas ONG y la Cooperación del Episcopado Alemán, es prueba contra el fatalismo atizado por ciertos medios informativos. Se tiende a creer —por fortuna, equivocadamente— que en el Pacífico la situación es desoladora.

Además, si se han leído con asiduidad las columnas de Molano en *El Espectador*, o se conocen sus libros precedentes, se sospechará que este volumen trata de lo mismo. En efecto, esta sospecha no es infundada. *De río en río* es, una vez más, una eminente radiografía social y política de la región del Pacífico, que sus autores (ciertas partes están escritas a dos manos) presentan en una antología de crónicas, artículos y notas de viaje, algunos de ellos previamente publicados en revistas o periódicos. Lo que tienen en común es fácil de identificar: portan la síntesis de lo observado y escuchado durante la extensa serie de recorridos realizados a lo largo y ancho de los territorios negros de Colombia. Sí, hasta cierto punto es un libro sobre lo mismo, pero con la salvedad de que su escritura ha pasado por un embudo de decantación que la reviste de una visión (de conjunto, como de cada municipio abordado) impactante por su agudeza y su penetrante parquedad. Sin duda, esta es una obra de madurez, resultado de múltiples reflexiones (intercaladas y complementadas entre sí desde los años setenta), que en el transcurrir del tiempo se fueron nutriendo del conocimiento de primera mano que brinda la penetración en la realidad cotidiana de cada espacio geográfico.

Ahora bien, la mejor manera de presentar este libro es haciéndolo como él mismo se presenta: como un instrumento polivalente que abre caminos de reflexión tanto en el campo de la sociedad civil, como de la aca-

demia y las altas esferas del Estado (imprescindible para este último). Y por reflexión debe aquí entenderse que, entre otras cosas, es una suerte de hoja de ruta que disecciona al Pacífico y pone bajo la lupa su ajedrez geopolítico (sobra decir que hablamos de un libro de mucha actualidad). Veamos: en el capítulo primero, “La cuenca del Pacífico”, se presentan las generalidades de esta región empleando como metodología la articulación de tres interrogantes: ¿qué ha estado pasando?, ¿qué pasará en adelante?, y ¿qué debe hacer el Estado? Las respuestas ofrecidas se ordenan en tres breves pero significativos apartes titulados “Minería”, “Petróleo” y “Coca”.

Resumamos: después de la Segunda Guerra Mundial, el Andén del Pacífico cobra relevancia estratégica porque es la ventana que comunica a Colombia con Asia. El gobierno, para mitigar su dependencia decimonónica de las economías nórdicas (Europa y Estados Unidos), ve entonces la necesidad de invertir en infraestructura para abrirse a los mercados de Oriente. Empero, la construcción de puertos y carreteras se entorpece por la inexistencia de respuesta a la principal exigencia que hacen los inversionistas (locales o extranjeros): soberanía estatal que garantice el tráfico seguro de mercancías y seres humanos. Ya se sabe, es una historia mil veces contada: el Pacífico, librado a su suerte, lleva siglos sumido en un perverso estancamiento económico y social, parasitado por la corrupción atávica de sus dirigentes y gangrenado por los actores de la guerra; es una región a la que solo llega el lado perverso del “progreso”.

No obstante, advierte Molano, actualmente asistimos a cambios importantes: el final del conflicto con las FARC anuncia una nueva época que a su vez pondrá en escena nuevos actores en la región. ¿Se estabilizará el Pacífico? ¿Llegará el progreso hasta sus confines más remotos? Todo dependerá de si cambia su historia y deja de ser, como en el caso de Chocó, la de “un departamento pobre rodeado por departamentos ricos” (p. 16), al que estos últimos, al igual que el gobierno central, buscan instrumentalizar para favorecer sus intereses económicos. En todo caso, Molano pondera con claridad el rol que esta región tendrá con relación al

RESEÑAS		CRÓNICA
desarrollo de Colombia: la bosqueja como un escenario de transformaciones importantes y de eventuales conflictos sociales que volverían a tener la marca de la violencia si el Estado no obra con la debida sensatez. Un ejemplo alarmante de lo anterior es la tendencia de los últimos años a que el espíritu de la Ley 70 se corrompa. Es sabido que porciones de ciertos resguardos y territorios cobijados por esta ley, por definición inembargables e inajenables, están siendo acaparadas por comerciantes o multinacionales (no interesados en la propiedad sino en el uso de la tierra) a través del comodato o arriendo. Respecto a este fenómeno, Molano advierte que el Estado debe tomar las riendas de la situación y consolidar en una unidad indivisible la propiedad de la tierra y el uso del suelo para evitar la mercantilización de la primera. En cuanto a los capítulos del libro, estos pueden agruparse en torno a un centro geográfico: Buenaventura (capítulo VI). Por un lado, tenemos el grupo de los que abordan la parte sur del Pacífico (Guapi, Tumaco, Timbiquí, Suárez) y, por otro, el de los que tratan el segmento norte, esto es, las poblaciones diseminadas en los dominios de los ríos San Juan y Atrato (bellas sonoridades como Domingodó, Napiquí y Dipurdú). En ambos casos, el conjunto de los capítulos orbita un mismo núcleo, es decir, tienen como telón de fondo la intrincada problemática de la posesión y explotación de la tierra; pero tomados por separado, cada uno va abordando los problemas específicos que en cada territorio tienen un impacto directo o indirecto sobre el medio ambiente y sobre las comunidades asentadas en dichas zonas. Caso por caso, el autor presenta la región o municipio con un respectivo vistazo en el que resume los principales actores y hechos históricos que, desde la Colonia, contribuyeron a configurar la mirada depredadora con que todavía se contempla a esta provincia de las provincias, que ha sido el Pacífico para la Colombia urbana. Puesto que es imposible condensar aquí la totalidad de los elementos tratados en cada capítulo, veamos, grosso modo, lo que el lector hallará, por ejemplo, en el séptimo, “Río San Juan”: la desquiciada explotación	maderera en Chocó que se desarrolló al unísono con el fenómeno de una nueva colonización mestiza (1880-1920), llevada a cabo por campesinos provenientes de Bolívar y Córdoba (chilapos), tras los cuales, medio siglo después, llegarían la coca, la guerrilla y los paramilitares. Así mismo, se analizan las aristas de la minería ilegal en el Bajo San Juan; del narcotráfico y el petróleo en el Alto San Juan; de la producción de coca en el Medio San Juan (se presentan numerosos datos estadísticos en este aparte). Hay un minucioso estudio de la historia de la extracción de oro y platino a cargo de la Chocó Pacífico (y otras compañías con escabrosos prontuarios). A este respecto, el autor escudriña la dramática historia de la economía de saqueo que se inició en el siglo XVI con Luis Lozano Escipián, quien llegó a Condoto en busca de fortuna. Desde entonces, el principio ha sido el mismo: connivencia del Estado con familias poderosas o empresas extranjeras que alevosamente se hacen al control de los recursos. Por fortuna, no todo el libro está impregnado de pesantez; también sabe brindar al lector pasajes verdaderamente espléndidos desde el punto de vista humano y literario. Molano remata este capítulo con una maniobra muy al estilo de las novelas polifónicas: el narrador cede su voz a un lugareño que, evocando los cambios acaecidos entre su infancia y su adultez, relata la exuberante mística de la naturaleza en Nuquí, y da cuenta de la temporalidad otra en que discurre su cotidianidad. Ello además de informar cómo este lugar se convirtió, de la noche a la mañana, en un “pasadero de gringos” que vienen a observar las ranas endémicas. (Estremece también el encuentro, en Bocas de Satinga, con Chaín, “el Mago”, un viejo sastre al que la guerra convirtió en el pescador de los cadáveres que bajan por las aguas del Patía. Después de remolcarlos, los anota en su registro de NN, les hace la necropsia y les da cristiana sepultura con la esperanza de que algún día alguien venga a identificarlos. Sus anécdotas ponen la piel gélida.) Con relación a este último aspecto, cabe anotar que, en general, a Molano se le reconoce por su registro estilístico alusivo a la crónica de viaje: no hay excepción en este libro, en el que se	detecta con facilidad la marca de la tradición francesa de escribir antropología valiéndose de ciertas técnicas de la ficción, sin que ello ponga en entredicho la cientificidad del trabajo. La analogía directa apunta a Lévi-Strauss. No obstante, <i>De río en río</i> también sorprende por su riqueza documental y estadística (elemento abundante en ciertos pasajes que, por su lenguaje académico y técnico, espesan la lectura y la hacen menos amena). De cualquier modo, lo anterior no constituye un defecto en sí mismo porque lo literario y lo formal-académico (no predominante) constituyen una mezcla equilibrada que otorga solidez integral al texto. Para concluir, considérese lo siguiente en aras de una reflexión: la riqueza aurífera de Chocó era ya legendaria en el siglo XVI. A finales del siglo XVIII, su producción de oro era la mayor de la Nueva Granada (5.400 castellanos). A principios del siglo XIX, Humboldt se alarmaría al constatar el perverso impacto social de la minería en un país que, a pesar de ser el más rico en este metal, “es donde continuamente se están padeciendo hambres” (citado por Molano, p. 142). Medio siglo después, los norteamericanos verían en esta región una hipérbole verde, húmeda, pero sobre todo desmesurada, de las minas de su árida California. Dicho lo anterior: ¿se trata de acentuar el morbo del fatalismo al develar la repetición de la dramática historia del Pacífico? En absoluto. Tal sería, insisto, una interpretación superficial de este libro, ya que su valor radica en imponerse como una herramienta (claves interpretativas, dice Jaime Díaz en el prólogo) para la reflexión y, especialmente, para la comprensión de esta región. ¿Reflexión y comprensión? Naturalmente, su peso académico es indiscutible, pero es posible que dirigir de inmediato al lector no especializado a este nivel resulte precipitado. Me parece, en cambio, que la primerísima utilidad de las páginas de este volumen es la de contribuir a hacer visibles aquellos territorios que la mayoría de los colombianos no ve (o no puede ver). Su valor debe hacerse efectivo mucho más temprano, en los peldaños incipientes de la educación: debe empezar por llegar a los cole-

CRÓNICA		RESEÑAS
gios para que los maestros, mapa en mano, inserten en el campo visual de los estudiantes eso que llamamos Pacífico colombiano; para que, a través de un acto ilocutivo, lo hagan existir señalando ríos, serranías y pueblos que hasta entonces no han resonado en su entendimiento. Así debe presentarse <i>De río en río</i> a las nuevas generaciones, como una suerte de prótesis, destinada a corregir la miopía geográfica, que ayudará a construir una representación no amputada del territorio nacional. Además de haber manufacturado un sofisticado artefacto de investigación, Molano nos lega, esta vez, un estimulante instrumento pedagógico. De ahí que esta sea una obra necesaria por su valor educativo, por su compromiso con las víctimas (con su cultura y defensa del territorio), y por los aportes que más adelante podrá hacer a las comisiones de la verdad. A pesar de la oscuridad y el dolor que se consignan en sus páginas, aquellos que conocemos mal la geografía de Colombia debemos leer este libro como epifanía, con cierto fervor fulgurante y emancipador. De ahí también la necesidad de que a <i>De río en río</i> no se lo trague ni el olvido ni el silencio de los colombianos. P.D.: Es de lamentar que este tipo de documentos no merezcan mejores ediciones. Sin hablar de la calidad del papel y la falta de imágenes complementarias, son varios los errores de digitación que salpican sus páginas. De igual modo, los mapas anexos son de escasa calidad. Mauricio Polanco		